
ÉTER

RAFAEL MALLO

YOYD | EDICIONES



PREFACIO A LOS REGISTROS

Creo haber logrado escribir los registros que me propuse. Cada conclusión me llevó a nuevas preguntas. Al final de cada sendero se inauguraban otros más. Hace milenios que los humanos no escribimos. El lenguaje existe aún. La escritura no. Solo hay un idioma en todas las galaxias. En esta sociedad de paz perfecta y bienestar completo parece inútil aprender el uso de la escritura. Sin embargo me empeñé en ello. El idioma lo elegí adrede entre los que se hablaban en los siglos XXI a XXIII, cuidando, inclusive, el estilo de aquella época en la que el hábito de escribir se abandonó. Hoy —y en el futuro— cualquier ser podrá comprenderlo usando la red de inteligencia y sabiduría algorítmica a la que nuestras mentes están conectadas. Escribir importa dejar suspendido el sentir y el pensar en el infinito perdurable de los textos. He intentado atrapar la profundidad de las sorpresas que viví a medida que me internaba en los laberintos de la humanidad. Viajé al pasado y solo quiero dejar un refugio para quien intente un viaje hacia atrás, quizás hasta hoy, y de allí en más.





REGISTRO 1

PRIMER MENSAJE. REGRESO A LA TIERRA

Si Mönschy no me hubiese citado para volver a vernos después de tantos años en nuestro amado planeta Tierra, no habría escrito jamás. Tampoco habría tenido contacto con algo tan exótico como un lápiz y un cuaderno.

Un lápiz y un cuaderno. La Tierra es el único planeta en el cual podría toparme con elementos semejantes. El curioso artefacto al que antiguamente llamaban «cuaderno» no es sino una pequeña pila de papeles cortados en idénticos tamaños, unidos por uno de sus bordes más largos y protegidos por dos tapas y una cubierta o lomo. Otro tanto pasa con el lápiz: un prisma circular de madera con un centro de grafito. Al lápiz hay que pelarlo como a una fruta para que escriba. ¿Qué utilidad habría en un lápiz y un papel en una sociedad que todo lo tiene? ¿Qué utilidad tendría un oasis en el espacio si no se ha de viajar a una lejana galaxia? Pero yo alcancé algún conocimiento sobre las escrituras y desde entonces me empeñé en descubrir cómo y de qué manera podría dejar mi testimonio puesto en un lugar que lo hiciera independiente de toda





RAFAEL MALLO

otra información. Mi pensamiento vivo sobre lo perdurable de la palabra escrita en un papel. El cuaderno y el lápiz son mi oasis.

Contaré como mejor pueda los sucesos. No es fácil con Éter interviniendo.

Mi amigo me envió por la red un mensaje que me conmovió hasta el alma. Hace muchos años nos habíamos visto por última vez y no sabía nada de él. Mönschybomrik, a quien en el formatorio llamábamos «Mönschy», era una persona especial. De chicos éramos muy unidos. Yo le decía «camarada» y él a mí, «compadre». Tenía obsesión por la historia primitiva. Le atraía todo lo relativo a la humanidad pregaláctica, pero en especial le fascinaba esa época en la que se dejó de escribir.

Recuerdo aquella tarde en la que nos confesó su pasión por ese período de la historia. Habíamos pasado una mañana fantástica. Éramos cinco jóvenes amigos echados sobre el pasto del parque que daba al río, las manos bajo la nuca y los ojos bien abiertos mirando hacia un cielo celeste profundo que se iba apagando irremisiblemente. Hablábamos con la vista perdida en la nada. No sé por qué razón las reflexiones llegan por la tarde o por la noche. Aquella tarde Mönschy volvió a su duda recurrente, acerca de si éramos afortunados por haber nacido en nuestro tiempo. Se centraba sobre todo en el hecho de haber sido programados por un sistema, sin padres. Comparaba la gestación humana con la actual generación sintética a partir del banco de ADN. Imaginaba cómo habría sido ver salir a un pequeño desde dentro del cuerpo de la madre. Hoy nacemos en laboratorios de natalidad y luego los formatorios se encargan hasta una juventud temprana en que





ÉTER

llegamos a ser «viables». Nos conectan desde muy pequeños a la red de inteligencia y sabiduría, hasta que estamos en condiciones de vivir junto a los demás, en armonía.

Aunque sabíamos de lo que Mönschy hablaba, pues estábamos conectados a la misma y única red de inteligencia y sabiduría, nuestro amigo ponía algo especial en sus discursos, insuflando en nosotros un interés vivo por el pasado. A él debo que haya imaginado con fascinación cómo habría sido mi vida en aquel mundo.

De vez en cuando lo asaltaba una suerte de melancolía y se quedaba callado. Estaba convencido de que desde el momento en que el algoritmo superó a la inteligencia humana y se configuró definitivamente como *Éter*, nuestros hábitos y modos de vida quedaron paralizados en el tiempo.

Fuimos muy compañeros durante la infancia. Tuvimos una vinculación muy fuerte, más unidos que el resto. Era también muy divertido. En esta sociedad de iguales mi amigo daba la nota. Nunca volví a ver a alguien destacarse así, de manera tan natural. Era inevitable centro de cualquier reunión. Su gusto por la historia ya es algo exótico, pero mucho más lo es la atracción por la escritura, una forma de comunicación que no se practica desde hace unos dos mil seiscientos años.

Al cumplir veinte ya fuimos viables, y Mönschy decidió partir a otros mundos en pos de estrafalarias exploraciones historiográficas que tanto lo deleitaban. Insistió mucho en que lo acompañe. Confieso que dudé, pero al final decidí hacer un camino propio hacia una constelación muy alejada de la que mi camarada escogió como destino, y desde entonces no nos volvimos a ver. Durante los primeros años





RAFAEL MALLO

hablábamos mucho por el hologramador. Nos encontrábamos en conversatorios virtuales para contarnos cómo iban nuestras cosas, pero recuerdo que después de cinco años comenzó a ser difícil la comunicación. Poco a poco fuimos perdiendo aquel contacto casi cotidiano. Cada vez menos videopostales. Recuerdo una en especial en la cual se lo veía sentado en un living sobre pilas de libros, los brazos abiertos en «V» hacia el cielo amarillo del planeta en que se instaló, desde un ventanal transparente muy grande y, detrás de él, ese animal tan peculiar, con una cola enorme, que parecía una especie de reptil. Si bien intenté mantener prendida la llama con hologramas tridimensionales, Mönschy solo me enviaba algunas videoteatralizaciones planas, bidimensionales, y unas pocas imágenes, al estilo de fotografías de la antigüedad que tanto le gustaban. En el último tiempo apenas cambiamos algún verbimensaje.

Sin embargo no he olvidado a mi amigo del alma. A él debo agradecer haber sentido, sin saberlo entonces, curiosidad. Esa inquietud agradable que brotó en mí para conducirme por los caminos del lenguaje. Pasaron muchos años desde que nos despedimos. Estoy emocionado de saber que nos veremos y no dudé en hacer este viaje a la Tierra, sin otro propósito que nuestro encuentro. Debo reconocer que el verbimensaje de invitación fue un tanto enigmático. Me encontraba fuera de la principal ciudad del planeta Lũzhōu, en una casa de campo muy agradable, descansando junto a la laguna de aguas verdes mirando los antojadizos colores que formaba la constelación en tan particular sistema solar. Yacía estirado en una reposera de restauración energética que me había ayudado a limpiar mi mente de reflexiones ociosas.





ÉTER

Sobre mi blanco mental apareció un inconfundible llamado de Éter que me hacía saber que tenía un verbimensaje de mi camarada:

Querido amigo del alma te extraño # Veámonos en nuestro planeta natal # Te espero en la Tierra # Será como un juego pero en verdad no lo es # Si estás de acuerdo envíame tu respuesta como lo hacíamos de chicos e instálate en algún lugar del mar Mediterráneo # Yo sabré encontrarte

Corto y consistente, el mensaje me sacudió por completo. Tenía la forma de aquellos que nos enviábamos en el formatorio cuando jugábamos a evadir la red con imágenes sin significado para Éter, sino con sentido solo para nosotros. «SSL», decía él, lo que significaba «sin sentido literal». Reí al recordarlo y busqué en mi memoria cerebral una fotografía de un artefacto antiquísimo de la era pregaláctica para enviársela a través de la red. Era la imagen de un avión biplano rojo con un hombre manejando su comando manual. Me pareció una buena forma de aceptar su invitación. Conociéndolo, sabría que esa respuesta sería suficiente. Si así era, no vendría otro mensaje de su parte. Me dispuse entonces a regresar a la amada Tierra a esperar a que mi amigo me halle. Estaba lleno de felicidad.

